

"Cabo de vara"

Segundo largometraje de Raúl Artigot, que se inspira en la novela del mismo título de Tomás Salvador. A través de ella, Artigot trata de hacer una radiografía del mundo carcelario del siglo pasado, aunque pueden encontrarse en sus intenciones referencias al problema de nuestras cárceles actuales. De hecho, algunas de las constantes descritas por Artigot en este penal de Ceuta en 1883 pueden prolongarse hasta nuestros días: el sistema de vida de los presos, con su engranaje especial, la violencia, los mecanismos de supervivencia, la indiferencia de los vigilantes en su creencia de que todo aquello que viven pertenece a una sociedad distinta a la suya, pueden tener, en cierto modo, un aire actual. Sólo un "aire", naturalmente, porque Artigot se ha empeñado en hacer una película de aventuras de corte comercial, en ese sentido que los productores españoles le dan a la comercialidad. Es decir, su poquito de tensión dramática, su poquito de sexo, su poquito de tesis... Tan lleno todo de poquitos, que "Cabo de vara" acaba convirtiéndose en una muestra de los "tics" al uso antes, que en una película compacta y personal. Queda claro, por ejemplo, que las historias amorosas del ayudante (Ramiro Oliveros) se desprenden de la anécdota principal, tanto como las ensoñaciones del protagonista (una única ensoñación repetida continuamente). Las "tesis", por otra parte, están expuestas en el más viejo e ineficaz estilo del cine didáctico: una conversación pedante, donde dos personajes distintos exponen sus puntos de vista. Hay, por lo tanto, muy escasa conexión dramática entre los distintos apartados de la película, y a Artigot se le va de las manos la posibilidad de conjuntarlas todas con la suficiente fuerza dramática como para emocionar o interesar. No ha contado ciertamente con muchos medios económicos, y no es éste un punto menor, puesto que la simple elección de decorados influye de forma considerable en el tratamiento general de la película. Sin embargo, Artigot ha intentado solucionar esos problemas con una evidente habilidad cinematográfica. Lástima que esos esfuerzos no hayan podido ser orientados hacia la propia esencia de la peli-

cula, hacia un tratamiento del guión más imaginativo, hacia una soltura en la puesta en escena sin tantos condicionamientos y, sobre todo, hacia un tipo de película que no tenga que sujetarse a los menos condicionamientos de la película "comercial". ¡Como si alguien supiera, "a priori" en qué consiste eso! Hay en Artigot un director de interés, pero habrá que esperar a su siguiente película. ■ D. G.

"Nickelodeon"

Demasiados palos ha recibido en España esta película de Peter Bogdanovich. Cierto que no es una obra maestra. Pero tampoco lo pretende ni tiene por

qué serlo. Quizá el error objetivo que ha cometido Bogdanovich con esta comedia es alargarla demasiado. Si su duración es de dos horas, parece claro que con la hora y media "standard" podía haber cubierto la misma crónica de los inicios del cine y las mismas peripecias de sus personajes. Hay vericuetos que sobran, adornos que no son necesarios: demasiada autocomplacencia con el trabajo realizado.

Pero ese trabajo es, como en los anteriores del director ("The last picture show" y "¿Qué me pasa, doctor?", fundamentalmente), de una asombrosa perfección. Bogdanovich es un sabio director que enriquece continuamente las situaciones con

una sensible puesta en escena, con un sentido del humor que roza en ocasiones la patochada, pero que se mantiene siempre coherente con el espíritu de sus películas. "Nickelodeon" parte de un guión sin perfilar o con demasiadas torpezas para conducir la historia del nacimiento de la industria del cine por los caminos de la reflexión o la crónica histórica mínimamente rigurosa. Pero hay espléndidos frescos perdidos a lo ancho de la película —los rodajes simultáneos, la caza y captura de cámaras por parte de los monopolistas, el estreno de "El nacimiento de una nación", la mentalidad eterna de los productores, dueños absolutos de las películas que ruedan sus equipos— que hacen de "Nickelodeon" un documento curioso. Lástima que Bogdanovich no haya querido ahondar más en la parte documental que su trabajo requería y haya optado, por el contrario, en mantenerse fiel a la vida de unos personajes que sólo debían servir de introductores a los datos históricos. Demasiados amorfos, demasiadas idas y venidas, demasiados enredos que no consiguen interesar suficientemente.

Y es que Bogdanovich ha caído en la trampa de considerar ingenua aquella época por parecernos hoy ingenuos los primitivos mecanismos de rodaje, las "historias" de las películas y hasta la sensibilidad de un público emocionado por las aventuras simples que se veían en las pantallas. En cambio, no había ingenuidad en los mecanismos de producción, en la mentalidad de las grandes firmas, empeñadas en controlar el mercado; en el engaño programado que el público recibía a cambio de un nickel. Eso no era ingenuo ni lo es ahora, como sin duda el propio Bogdanovich sabe. Ha caído, pues, en la trampa del cinéfilo. Y su película se resiente de ello. Por eso las peripecias de sus personajes adquieren un carácter excesivamente protagonico y queda en segundo plano la información más necesaria sobre la auténtica catadura de quienes controlan el cine.

No obstante, "Nickelodeon" encierra secuencias magistrales y ese sentido del humor antes señalado, del que ya Bogdanovich nos había dado espléndidas muestras. Si acertara con mejores guiones, sería uno de los grandes del cine de este momento. ■ D. G.



"El pecado del padre Mouret"

Es posible que hace ocho años, cuando Georges Franju dirigió esta película adaptando la novela homónima de Emilio Zola, tuviese una cierta repercusión "escandalosa" la duda metafísica del joven sacerdote empeñado en una vida mística y pura frente a sus más inmediatas tentaciones carnales. En el panorama creativo de Zola, un ataque al celibato religioso, un desvelamiento de las tentaciones que sufren los curas, una crítica en cierto modo valiente de la estructura de la Iglesia, tenía, lógicamente, importancia. Pero hoy, siguiendo ese mismo espíritu (y se ha hablado con entusiasmo del respeto a la esencia de la obra de Zola), "El pecado del padre Mouret" tiene que convertirse, desde el momento de su nacimiento, en una obra útil sólo para estudiosos eruditos o para antologías cultas. Si esa película se ve en España ocho años después de su realización, su primitiva antigüedad se convierte ya en franco trasnochamiento.

Georges Franju no es, por otra parte, un director excesivamente sensible ni hábil. Algunos títulos de su breve filmografía, como "La cabeza contra la pared", "Ojos sin rostro" o "Judex", tenían algún interés en el terreno del cine fantástico o imaginativo, a pesar de la torpeza narrativa del director. Pero cuando Franju se lanza por el camino de la trascendencia —véase, por ejemplo, su "Therese Desqueyroux", aquí titulada "Relato íntimo"—, se queda flotando entre la mediocridad y la pretensión.

"El pecado del padre Mouret" retoma parte de aquel espíritu-fantástico del director para combinarlo con el de la pretensión "cult". El resultado es, a mi juicio, el de una película de escaso interés, torpe y en muchos momentos inverosímil. Inverosimilitud que comienza con la elección de los actores y que se prolonga en toda la película por esa combinación estilística comentada. ■ D. G.